

PRÓLOGO

Nací con un don. No para algo entretenido, como el baile, la comedia o ese tipo de cosas, no. Lo que siempre se me dio bien es estudiar. Aprendía con rapidez y sin apenas esfuerzo; como si el colegio fuera una enorme maquinaria y yo, una pieza que encajaba a la perfección en su engranaje. Con esto no quiero decir que siempre me hayan resultado sencillos los estudios. Casi no hablaba inglés cuando mi madre y yo llegamos a los Estados Unidos, por lo que, durante mucho tiempo, tuve que trabajar duro.

Dice un proverbio chino que el destino es como un temporal de vientos que, provenientes de todos los rincones, azotan nuestras vidas y nos empujan por las sendas del tiempo; quienes posean fuerza de voluntad, lucharán contra la tormenta y podrán escoger su propio camino, mientras que los débiles acabarán allá adonde los lleve la tempestad. Yo puedo afirmar que no me he dejado arrastrar por los vientos, sino que he salido adelante gracias a la firmeza de mis decisiones. Durante toda mi existencia he anhelado aquello que se me negaba. Llegó un momento en el que parecía que todo lo que siempre había deseado estaba por fin al alcance de mi mano, pero entonces tomé una decisión que cambiaría por completo el devenir del resto de mi vida.

Ahora mismo, mientras contemplo el escaparate de una tienda de vestidos para novias y veo en su interior a una niña sentada con los ojos cerrados a los pies de un maniquí, atrapada

bajo pesados pliegues de tela, pienso: «Esta no es la vida que yo quería para mi hijo». Conozco perfectamente el destino que le espera a esa pequeña: a su edad, el tiempo que no está en el colegio lo pasa en la tienda, ayudando a su madre con tareas menores como ordenar abalorios; más adelante, aprenderá a coser a mano y luego a máquina hasta que, por fin, un día, podrá encargarse de los bordados o los acabados. Entonces a ella también le tocará aguantar días y fines de semana con la espalda encorvada sobre interminables metros de tela. Para esa niña no habrá tardes jugando en casa de las amigas, ni clases de natación, ni veranos en la playa..., para ella solo existirá el implacable ritmo de la aguja de coser.

De pronto, la pequeña y yo alzamos la mirada y vemos a su padre entrando en la tienda. A pesar de los años y de todo lo que ha pasado desde entonces, mi corazón se estremece en mi pecho como un animal herido.

¿Alguna vez llegué a ser tan hermosa como esa niña? Apenas conservo fotos de mi infancia, pues no podíamos permitirnos una cámara. La primera imagen que se tomó de mí en los Estados Unidos fue una foto de escuela, del año en que llegamos a América. Yo tenía once. Más adelante, en un momento de mi vida en el que quería pasar página y olvidar el pasado, la hice trizas. Pero, en lugar de deshacerme de los trocitos, los conservé en un sobre.

Hace poco, encontré ese sobre. Tras quitarle el polvo, lo abrí y palpé los pedacitos de papel que había en su interior: la punta de una oreja, un fragmento de mandíbula... Mi madre me había cortado el pelo y lo tenía desigual y muy cortito, con raya a la derecha y peinado sobre la frente como si fuera un chico. La palabra «PRUEBA» cubría gran parte de mi rostro y un trozo de mi blusa de poliéster azul. No podíamos pagar la foto, así que nos quedamos con la muestra que enviaron a casa.

Sin embargo, cuando uno los fragmentos rasgados y recompongo el puzle de la fotografía, mis ojos vuelven a mirar directamente a la cámara, mostrando mis esperanzas y ambiciones a todos los que se presten a observarlos. ¡Si hubiera sabido entonces lo que me esperaba!

1

Una capa de hielo a medio derretir cubría la acera de hormigón. Observé asombrada cómo las punteras de mis botas katiuskas resbalaban sobre la escarcha mientras los talones quebraban su superficie. Hasta entonces, solo había visto el hielo en forma de trocitos en los helados de judías rojas. Pero este otro hielo era salvaje y desafiaba las calles y los edificios.

—Tenemos mucha suerte de que haya quedado un piso libre en uno de los edificios del señor N. —comentó la tía Paula mientras nos conducía en su coche a nuestro nuevo barrio—. Tendréis que arreglarlo un poco, por supuesto, pero con lo caros que están los alquileres en Nueva York, os lleváis una buena ganga.

No podía parar quieta en el coche. Meneaba todo el rato la cabeza buscando rascacielos, pero no encontré ninguno. Estaba deseando ver la Nueva York de la que tanto había oído hablar en la escuela: *Min-hat-ton*, con sus relucientes tiendas y, sobre todo, con la Diosa de la Libertad alzándose orgullosa en el puerto. A medida que avanzábamos, las autopistas iban dando paso a avenidas increíblemente anchas que se perdían en el horizonte. Los edificios eran cada vez más sucios, con ventanas rotas y frases en inglés pintarrajeadas en las paredes. Giramos un par de esquinas, dejando atrás a un montón de gente que esperaba en una larguísima cola, a pesar de lo temprano que era. Por fin, el tío Bob aparcó junto a un edificio de tres plantas en cuyos bajos había una tienda abandonada cuyo escaparate estaba tapado

con tablonés. Pensé que se había detenido para hacer algún recado, pero entonces todos abandonaron el coche y bajaron a la helada acera.

La gente de la cola esperaba para entrar en un portal a nuestra derecha, en el que había un cartel que decía: «Departamento de Servicios Sociales». No me quedó muy claro lo que sería aquel lugar. Casi todos los de la fila eran negros. Nunca antes había visto a gente de color. Me quedé mirando fijamente a una mujer que estaba en los primeros puestos. Tenía la piel tan oscura como el carbón y en su cabello, arreglado en forma de nube, asomaban brillantes alfileres dorados. A pesar del abrigo raído que llevaba, su aspecto resultaba imponente. Algunos de los que hacían cola vestían ropas normales, pero otros parecían desaliñados y exhaustos, con los ojos vidriosos y el pelo sucio.

—No los mires —me regañó la tía Paula—. ¡Llamarás su atención!

Me giré y vi que los adultos ya habían descargado nuestras pocas pertenencias y las habían puesto junto al escaparate de los tablonés. Teníamos tres maletas de tela, la caja del violín de mi madre, unos cuantos paquetes de gran tamaño envueltos en papel de embalar y una escoba. A los pies de la puerta, había un gran charco de un líquido extraño.

—¿Qué es eso, Ma?

Mi madre se agachó para mirarlo de cerca.

—No lo toquéis —advirtió el tío Bob a nuestras espaldas—. Es pis.

Las dos nos apartamos de un brinco.

La tía Paula posó sus manos enguantadas en nuestros hombros.

—No os preocupéis —dijo, aunque su rostro no resultaba nada tranquilizador. Más bien, parecía incómoda y un poco avergonzada—. La gente que ocupaba vuestro piso se acaba de mudar y no he tenido tiempo de venir a verlo. Pero, recordad, si hay algún problema, lo arreglaremos... entre todos..., porque somos familia.

Mi madre suspiró y puso su mano sobre la de la tía Paula.

—Bien.

—¡Ah! Y os he traído una sorpresa. Tomad.

La tía Paula se acercó al coche y sacó una caja de cartón en la que había una radio-despertador digital, varios juegos de sábanas y una pequeña televisión en blanco y negro.

—Gracias —dijo mi madre.

—No hay de qué —respondió la tía Paula—. Ahora tenemos que irnos, ya llegamos tarde a la fábrica.

Escuché el sonido de su coche alejándose mientras mi madre peleaba con las llaves frente al lúgubre portal. Cuando por fin consiguió girar la cerradura, tuvo que hacer fuerza porque la puerta parecía resistirse. Finalmente, se abrió de golpe revelando una bombilla desnuda que brillaba como un diente solitario en una boca oscura. El interior olía a humedad y estaba lleno de polvo.

—Ma —susurré—, ¿este sitio es seguro?

—La tía Paula no nos habría dejado en un lugar peligroso —contestó, pero en su voz se adivinaban visos de duda. Aunque el cantonés que hablaba mi madre era por lo general muy claro, cuando estaba tensa sus raíces rurales se manifestaban de un modo más acentuado en su pronunciación—. Pásame la escoba.

Mientras yo metía nuestras cosas en el estrecho recibidor, mi madre empezó a subir las escaleras blandiendo la escoba a modo de arma.

—Quédate aquí y deja la puerta abierta —me ordenó. Comprendí que lo hacía para que pudiera escapar en busca de ayuda en caso de peligro.

Sentí el pulso acelerado en mi garganta mientras la observaba subir por las escaleras de madera, que estaban desgastadas por el uso y todos sus peldaños se encontraban combados e inclinados hacia el pasamanos. Me preocupó que un escalón cediera y mi madre se cayese. Cuando dobló el primer descansillo, la perdí de vista y solo podía oír los escalones crujiendo a su paso. Estudié nuestro equipaje buscando algo que pudiera usar como arma. Si la atacaban, gritaría y echaría a correr escaleras arriba para ayudarla. Por mi mente desfilaron imágenes de los chicos malos de mi colegio de Hong Kong: Wong *el Gordo*, Lam *el Largo*... ¿Por qué yo no era grande como

ellos? Oí unos chirridos arriba, una puerta se abrió y los tablones del suelo crujieron. ¿Era mi madre o sería otra persona? Agucé el oído, esperando escuchar un gimoteo o un golpe. Solo había silencio.

—¡Sube! —me gritó mi madre—. Ya puedes cerrar la puerta.

Sentí que mis miembros se destensaban, como si se hubieran desinflado de golpe. Corrí escaleras arriba para ver nuestro nuevo piso.

—¡No te roces con nada! —me previno mi madre.

Me encontraba en una cocina. El gélido viento se colaba por las dos ventanas de la pared de la derecha. Me pregunté por qué las habría abierto mi madre con el frío que hacía. Entonces me di cuenta de que estaban cerradas, pero les faltaban los cristales o estaban rotos. Grasientos trozos de vidrio asomaban en el marco de madera. Una espesa capa de polvo cubría la minúscula mesa de cocina y el fregadero, que era blanco y estaba oxidado. Di unos pasos, intentando evitar a las crujientes cucarachas muertas que había diseminadas por la estancia. Eran enormes y las sombras de sus gruesas patas se reflejaban en el suelo.

La puerta del cuarto de baño estaba en la cocina y daba directamente al fogón. Hasta un niño sabría que era un terrible atentado contra las normas del *Feng Shui*. Un trozo del oscuro linóleo amarillento del suelo, cerca del fregadero y el frigorífico, estaba arrancado y dejaba ver los tablones abombados del piso. Las paredes se encontraban llenas de grietas, y en algunas partes tenían enormes bultos, como si se hubieran tragado algo. En otros puntos, la pintura se había desconchado, mostrando el yeso desnudo, como carne bajo la piel. La cocina estaba unida a otra habitación sin puerta de separación. Por el rabillo del ojo, vi unas cosas marrones que escapaban hacia las paredes mientras entrábamos en la estancia: cucarachas, pero esta vez de las vivas. También podrían ser ratas o ratones que se escondían en las paredes. Cogí la escoba que mi madre todavía llevaba en la mano, la puse del revés y golpeé con fuerza el palo contra el suelo.

—*Ah*-Kim —me regañó mi madre—, vas a molestar a los vecinos.

Dejé de dar golpes y no respondí, aunque sospechaba que éramos las únicas inquilinas de todo el edificio.

Las ventanas de aquella habitación daban a la calle y sus cristales estaban intactos. Supuse que la tía Paula habría arreglado solo los que la gente podía ver desde fuera. A pesar de lo vacío que estaba, ese cuarto apestaba a sudor acumulado. En un rincón, sobre el suelo, había un colchón de matrimonio. Tenía rayas verdes y azules y muchas manchas. También había una mesita baja de café con una pata distinta a las demás, en la que me tocaría hacer mis deberes, y un tocador cuyo barnizado se caía como caspa. Eso era todo.

Lo que había dicho la tía Paula no podía ser cierto, pensé, nadie había vivido mucho tiempo en aquel piso. Comprendí lo que pasaba. La tía lo había preparado todo a propósito: hacer la mudanza un día entre semana en lugar de un fin de semana, darnos los regalos en el último momento... Quería dejarnos allí y tener la fábrica como excusa para poder marcharse rápido y escaparse mientras todavía le dábamos las gracias por su amabilidad. La tía Paula no iba a ayudarnos. Estábamos solas.

Sentí un escalofrío y dije:

—Ma, quiero irme a casa.

Mi madre se agachó y acercó su frente a la mía. Casi no podía sonreír, pero sus ojos desprendían cariño.

—Todo va a ir bien, pequeña. Tú y yo juntas, el cachorrito y su mamá.

Con aquello quería decir que las dos formábamos una familia. Pero no me podía ni imaginar lo que realmente estaría pensando mi madre de todo aquello. Ella, que frotaba con su pañuelo los vasos y los palillos de los restaurantes cuando comíamos fuera, porque no se fiaba de que estuvieran limpios. Al ver aquel apartamento, seguro que también descubrió algo en su relación con la tía Paula, algo latente y palpitante, oculto bajo un manto de buenas palabras.

Durante nuestra primera semana en los Estados Unidos, nos quedamos en la casa que la tía Paula y su familia tenían en Staten Island, una vivienda cuadrada de una sola planta. La noche que

llegamos de Hong Kong hacía mucho frío, y la potente calefacción de la casa hizo que se me secara la garganta. Mi madre llevaba trece años sin ver a su hermana mayor, desde que la tía Paula se marchó de Hong Kong para casarse con el tío Bob, que había emigrado a América cuando no era más que un niño. Todo el mundo hablaba de la gran fábrica que dirigía el tío Bob en los Estados Unidos, por eso siempre me pregunté por qué un hombre tan rico como él había tenido que regresar a Hong Kong para buscar esposa. Cuando vi su forma de caminar, siempre encorvado sobre su bastón, comprendí que algo malo le pasaba en la pierna.

—Ma, ¿podemos comer ya? —Mi primo Nelson hablaba fatal el chino, con una malísima pronunciación. Seguramente le habían obligado a utilizarlo delante de nosotras.

—Dentro de poco. Dale primero un beso a tu prima y ofrécele la bienvenida a América —dijo la tía Paula, que cogió la mano del pequeño Godfrey, de tres añitos, y empujó a Nelson hacia mí.

Mi primo tenía once años, como yo, y me habían dicho que sería mi mejor amigo aquí. Lo observé: un niño gordito con piernas escuálidas.

Nelson puso cara de fastidio y exclamó:

—Bienvenida a América.

Lo dijo en voz alta para agradar a los mayores. Luego se acercó a mí e hizo amago de besarme en la mejilla, momento que aprovechó para susurrarme al oído:

—Eres un rastrillo lleno de estiércol.

Era un insulto chino que se aplica a los paletos. En esa ocasión, pronunció correctamente todas las palabras.

Miré a mi madre, pero no lo había oído. Por un instante, me quedé estupefacta ante su falta de educación. Sentí un ataque de rubor trepando por mi cuello, pero sonreí y me acerqué a él, fingiendo devolverle el beso.

—Por lo menos no soy una patata con barritas de incienso por piernas —le susurré, mientras los adultos sonreían sin enterarse de nada.

Nos enseñaron la casa. Mi madre me había dicho que en nuestra nueva vida en América viviríamos con la tía Paula y

cuidaríamos de Nelson y Godfrey. Su hogar me pareció muy lujoso, con moqueta anaranjada en todas las habitaciones, en lugar de los suelos de cemento a los que estaba acostumbrada. Mientras seguíamos a los adultos por la casa, me fijé en lo alta que era la tía Paula, casi tanto como su marido. Mi madre, que tras su reciente enfermedad había adelgazado mucho, parecía muy pequeña y frágil a su lado. Pero algo me impedía detenerme a pensar demasiado en esas cosas: nunca antes me habían permitido andar descalza en una casa, y estaba fascinada con el cosquilleo de la moqueta en mis pies.

La tía Paula nos enseñó todos sus muebles y un armario lleno de ropa, pero lo que más me impresionó fue el agua caliente que salía de los grifos. Nunca había visto algo así. En Hong Kong había constantes racionamientos de agua. Siempre salía fría y era necesario que hervirla para poder beberla.

Finalmente, la tía Paula abrió los armarios del salón para mostrarnos sus bonitas teteras y sus relucientes cajitas de té.

—Tenemos un té blanco muy bueno —comentó con orgullo—. Si despliegas las hojas son tan largas como un dedo, y de un aroma muy delicado. Tomad todo lo que queráis. Y aquí están las sartenes. Acero de primera calidad, perfectas para freír y para cocinar al vapor.

Cuando mi madre y yo nos despertamos, después de pasar la noche durmiendo en los sillones, la tía Paula y el tío Bob ya se habían marchado para llevar a sus hijos al colegio y acudir a su trabajo de gerentes de la fábrica textil. Nos habían dejado una nota en la que ponía que la tía volvería a casa a mediodía para arreglar lo nuestro.

—¿Probamos ese té blanco tan especial? —le pregunté a mi madre.

Ella señaló la encimera, sobre la que no había más que una vieja tetera de barro y una caja de té verde del barato.

—Corazoncito, ¿crees que han dejado eso ahí por casualidad?

Bajé la vista al suelo, avergonzada de mis pocas luces.

—A veces no es fácil entender el chino —me explicó mi madre—. En nuestro idioma hay muchas cosas que no se dicen

directamente. Pero no tenemos que molestarnos por estas pequeñeces, todo el mundo tiene sus fallos.

Posó su mano en mi hombro. Cuando la miré, su rostro infundía tranquilidad. Añadió, convencida de sus palabras:

–Nunca te olvides de que estamos en deuda con la tía Paula y el tío Bob. Ellos nos han sacado de Hong Kong y nos han traído aquí, a América, a la Montaña de Oro¹.

Asentí. Todos los niños de mi colegio se morían de envidia cuando se enteraron de que íbamos a emigrar a los Estados Unidos. Resultaba muy complicado escapar de Hong Kong antes del anunciado cambio de soberanía, cuando pasamos del dominio británico a pertenecer a la china comunista. En aquel tiempo, no había forma de salir a menos que fueras una mujer lo suficientemente guapa o atractiva como para casarte con alguno de los chinoamericanos que regresaban a Hong Kong en busca de esposa. Eso fue lo que hizo la tía Paula. Ahora, estaba siendo lo bastante generosa como para permitirnos compartir su buena fortuna.

Cuando la tía Paula regresó a casa aquella primera mañana que pasamos en América, nos pidió que nos sentáramos con ella en la mesa de la cocina.

–Muy bien, Kimberly –dijo la tía Paula, tamborileando con los dedos sobre el hule de la mesa. Olía a perfume y tenía un lunar en el labio superior–, me han dicho que eres una niña muy lista.

Mi madre sonrió y asintió. Siempre fui la primera de mi clase en Hong Kong.

–Le serás de gran ayuda a tu madre aquí –añadió la tía Paula–. Estoy segura de que mi Nelson aprenderá mucho de tu ejemplo.

–Nelson también es un chico listo –comentó mi madre.

–Claro, claro. No le va mal en el colegio, y su profesora me dijo que algún día llegará a ser un gran abogado porque se le

¹ Nombre con el que denominaban a los Estados Unidos los emigrantes chinos en el siglo XIX. (*N. del T.*)

da muy bien discutir. Pero ahora tendrá un motivo más para estudiar, ¿no te parece? Para seguir el ritmo de su brillante prima.

—Le estás poniendo el sombrero de la soberbia a mi pequeña, querida hermana. Aquí no lo tendrá tan fácil. ¡Ah-Kim casi no habla inglés!

—Sí, eso es un problema. Nelson también necesita un poco de ayuda con su chino. ¡Estos chicos nacidos en América! Por cierto, hermanita, a partir de ahora deberías llamar siempre a tu hija por su nombre americano: Kimberly. Es muy importante tener un nombre lo más americano posible. Si no, la gente va a creer que acabáis de bajaros del barco.

La tía Paula se echó a reír.

—¡Siempre pensando en nosotras! —comentó mi madre con cortesía—. Queremos empezar a ayudarte, cuanto antes. ¿Cuándo comienzo a dar clases de chino a Nelson?

La tía Paula dudó un poco antes de responder:

—Bueno, de eso quería hablaros. La verdad es que ya no lo necesitamos.

Mi madre enarcó las cejas, sorprendida.

—Pensaba que querías que Nelson mejorara su chino. ¿Y cuidar del pequeño Godfrey y recoger a Nelson de la escuela? Me dijiste que su niñera os resultaba demasiado cara, y que era muy descuidada... ¿Vas a quedarte tú en casa para cuidar de ellos?

Mi madre estaba tan confusa que tartamudeaba. Ojalá hubiera dejado hablar a la tía Paula.

—No, no —la tía Paula se rascó el cuello, un gesto que ya le había visto hacer antes—. Qué más me gustaría, pero estoy muy ocupada con todas las responsabilidades que tengo: la fábrica, los edificios del señor N.... Tengo un montón de quebraderos de cabeza.

La tía Paula ya nos había hecho ver que era muy importante, puesto que dirigía la fábrica de ropa y administraba un montón de edificios de un pariente lejano del tío Bob, un hombre de negocios taiwanés al que llamaba el señor N.

—Tienes que cuidar tu salud —convino mi madre, con tono interrogante. Yo también me preguntaba cómo iba a acabar todo aquello.

La tía Paula gesticuló, extendiendo los brazos y las manos.
—Todo el mundo quiere más dinero, hay que sacar beneficio de todo, de cada edificio, de cada pedido... —Miró a mi madre, y no pude descifrar su expresión—. Pensaba que si os traía aquí podríais ayudarme un poco con los niños. Pero luego tú tuviste tus problemas...

A mi madre le diagnosticaron una tuberculosis hacía ya un año, justo después de que termináramos todo el papeleo para emigrar. Tuvo que pasarse un montón de meses tragando unas enormes pastillas. Recuerdo lo mal que lo pasó, tirada en la cama, con el rostro colorado de la fiebre que tenía. Finalmente los antibióticos acabaron con la tos y los pañuelos manchados de sangre. Tuvimos que posponer dos veces la fecha de nuestro viaje a América, hasta que los médicos y el departamento de inmigración nos lo autorizaron.

—Pero ya estoy curada —protestó mi madre.

—Lo sé, y me alegro de que vuelvas a estar bien, hermanita. Pero tenemos que procurar que no sufras una recaída. Cuidar de dos niños tan activos como Nelson y Godfrey sería demasiado para ti. Los chicos no son como las niñas.

—Estoy segura de que sabré arreglármelas —dijo mi madre y, lanzándome una mirada afectuosa, añadió—: *Ah*-Kim también era revoltosa como un monito.

—No lo dudo. Pero no queríamos que los chicos se cogieran algo. Siempre han tenido la salud delicada.

A duras penas, intentaba descifrar las sutilezas del idioma chino de las que me había estado hablando mi madre. En el incómodo silencio que siguió, comprendí que toda aquella charla no tenía nada que ver con la enfermedad de mi madre. Por algún motivo, a la tía Paula no le agradaba la idea de que su hermana cuidara de sus hijos.

—De cualquier modo, te agradecemos que nos hayas traído —dijo mi madre, rompiendo el tenso silencio—. Pero no queremos ser una carga para vosotros. Tengo que trabajar.

La tía Paula relajó su postura, como si fuera a adoptar un nuevo papel.

—¡Somos familia! —se rió—. ¿No pensaríais que iba a dejaros así como así?

Se levantó, se acercó a mí y me pasó un brazo por los hombros.

—He hecho unas gestiones y te he conseguido un trabajo en la fábrica de ropa, hermanita. He tenido que despedir a una trabajadora para hacerte sitio. ¿Ves? Tu hermana mayor no te iba a dejar en la estacada. El trabajo es tan fácil como atrapar un pollo muerto, ya verás.

La tía Paula había utilizado una expresión china que significa que nos había conseguido un chollo, como una invitación a cenar pollo gratis.

Mi madre tragó saliva, asimilando la noticia, y comentó:

—Lo haré lo mejor que pueda, querida hermana, aunque no se me da muy bien coser. Pero practicaré.

La tía Paula seguía sonriendo.

—¡Ya me acuerdo! —Sus ojos se posaron en mi blusa, cuyo ribete rojo torcido había bordado mi madre a mano—. Siempre me reía de esos vestiditos que intentabas hacer. Podrías pasarte diez mil años practicando y nunca llegarías a ser lo bastante rápida. Por eso te he buscado un puesto como colgadora, haciendo los acabados de las prendas. No necesitas ninguna habilidad para ello, solo trabajar duro.

Mi madre palideció y, aunque su rostro estaba tenso, dijo:

—Gracias, querida hermana.

Los días siguientes, mi madre estuvo perdida en sus pensamientos y no volvió a tocar el violín ni una sola vez. En un par de ocasiones, la tía Paula se la llevó para enseñarle la fábrica y cómo funcionaba el metro. Cuando mi madre y yo nos quedábamos a solas, mirábamos la televisión en color, que era muy entretenida aunque no fuéramos capaces de entender lo que decían. Una vez, sin embargo, mi madre me rodeó con sus brazos y me apretó con fuerza mientras veíamos un episodio de *I love Lucy*, como si fuera ella la que buscara consuelo en mí, y desearé con más fuerza que nunca que mi padre estuviera allí para ayudarnos.

Mi padre murió de un ataque al corazón cuando yo tenía tres años, y ahora lo habíamos dejado atrás en Hong Kong. No tenía recuerdos de él, pero lo echaba de menos igual. Era el director de la escuela de primaria en la que mi madre enseñaba

música. Aunque se suponía que la iban a casar con un chinoamericano como a la tía Paula, y aunque mi padre era dieciséis años mayor que ella, se enamoraron y se casaron.

«Pa —pensé con fuerza—, Pa.» Había tantas cosas que me gustaban aquí en América, y tantas otras que me daban miedo, que me quedé sin palabras. Deseé que su espíritu pudiera viajar desde Hong Kong, donde descansaba, y cruzar el océano para reunirse con nosotras.

Tardamos varios días en limpiar el piso de Brooklyn. Sellamos las ventanas de la cocina con bolsas de basura, de modo que nos protegieran un poco de las inclemencias del tiempo, aunque aquello supusiera tener la habitación permanentemente a oscuras. Cuando soplabla el viento, las bolsas se inflaban y se peleaban con la cinta aislante. De acuerdo a los principios del *Feng Shui*, la puerta del lavabo proyectaba un rayo de energía impura sobre la cocina, así que movimos el fogón unos centímetros, para apartarlo lo máximo posible del camino al baño.

El segundo día de limpieza, nos hizo falta salir a por más productos y un *spray* para las cucarachas. Mi madre decidió convertir la excursión a la tienda en una pequeña fiesta como recompensa por todo el trabajo que habíamos realizado. Por el cariño con el que me atusó el pelo, supuse que quería darme una sorpresa. «Nos compraremos un helado», dijo. Todo un lujo para nosotras.

La tienda era muy pequeña y estaba abarrotada. Cogimos los productos que necesitábamos e hicimos cola hasta que llegamos al mostrador, tras el que había un sucio expositor de cristal.

—¿Qué pone ahí? —preguntó mi madre, señalando unas tarritas.

Distinguí una foto de unas fresas y las palabras: «Hecho con fruta auténtica», y otra palabra que empezaba por «Yo...» y que no conocía.

El dependiente exclamó en inglés:

—*¡Ves-pa hoy!* ¿Vais a comprar algo o no?

Su tono era tan agresivo que mi madre comprendió lo que decía sin necesidad de que se lo tradujera.

—Eso —dije, señalando las tarrinas de fresa—. Dos.

—¡Ya era hora! —gruñó el hombre.

El precio que marcó en la caja registradora era tres veces más de lo que ponía en la tarrina. Me fijé en que mi madre miraba la etiqueta del precio, pero apartó la vista rápidamente. No sabía si tenía que protestar ni qué se decía en inglés para quejarse por el precio, así que también permanecí en silencio. Mi madre pagó sin atreverse a mirar a la cara al hombre ni a mí, y nos marchamos. El helado sabía fatal: estaba líquido y agrio, y hasta que no llegamos al fondo de las tarrinas no encontramos la fruta, gelatinosa y en un solo trozo.

De camino a casa, no vi a ningún chino por la calle. Solo negros y muy poquitos blancos. Había mucho ajeteo: madres con sus pequeños y algún trabajador, pero sobre todo grupos de jóvenes que caminaban contoneándose con aire chulesco. Oí cómo un chico le decía a una joven que pasaba: «Te voy a comer el conejo», pero no vi que la mujer llevara ningún animal. Mi madre apartó la vista y tiró de mi mano. Se veía basura esparcida por todas partes: cristales rotos frente a los portales, periódicos flotando por la acera arrastrados por el viento. También me fijé en que había un montón de pintadas en inglés, pero eran ilegibles, parecían remolinos de odio y frenesí. Lo cubrían casi todo, hasta los coches aparcados en la calle. En la siguiente manzana se alzaban unos enormes almacenes industriales.

Vimos a un anciano de color sentado en una tumbona delante de la tienda de muebles de segunda mano que había en el edificio contiguo al nuestro. Tenía el rostro al sol y los ojos cerrados. Su cabello era como una nube plateada sobre la cabeza. Lo contemplé y pensé que no conocía a ningún chino que se dedicara a tomar el sol por voluntad propia, sobre todo si tenía la piel tan oscura como la de aquel hombre.

De repente, el viejo se incorporó de un salto cuando pasamos a su lado y adoptó una postura de artes marciales, apoyado sobre una sola pierna y con los brazos extendidos.

—¡Hi-Ya! —exclamó.

Mi madre y yo soltamos un grito. El hombre se echó a reír y luego dijo en inglés:

–*L'ago* bien, ¿verdad? *La-miento* haberlas asustado, señoritas. Es que me encanta el kung-fu. Me llamo Al.

Mi madre, que no había entendido ni una palabra, me agarró de la chaqueta y me susurró en chino:

–Este hombre está loco. No le hables, vámonos despacito.

–¡Ey! Eso que habláis es chino, ¿verdad? ¿Me podéis enseñar una cosa? –preguntó.

Ya me había recuperado del susto, y asentí con la cabeza.

–Veréis, es que hay un chino muy gordo que suele pasarse por mi tienda. ¿Cómo puedo decirle que está como una ballena?

Le dije «Ballena» en cantonés y mi madre me miró como si me hubiera vuelto loca.

–*Kung yu* –repetió el señor Al, pronunciando fatal.

–Ballena –volví a decir en chino.

–*King yu*. –El hombre ponía empeño. Todavía sonaba mal, pero se acercaba.

–Así mejor –dije en inglés.

Mi madre sonrió. Creo que era la primera vez que veía a alguien que no fuera chino intentando hablar en nuestro idioma.

–Que le vaya bien en su negocio –le deseó mi madre en chino.

–*Ho sang yee* –repetió el hombre–. ¿Qué significa?

–Es para desearle que gane mucho dinero con su tienda –le expliqué.

En el rostro del anciano se dibujó la sonrisa más grande y blanca que había visto nunca.

–Vaya, ya me gustaría. Muchas gracias.

–De nada –dijo mi madre en inglés.

A excepción de la tienda del señor Al, el resto de los escaparates que vimos en nuestra la calle estaban vacíos. Vivíamos en frente de un enorme solar lleno de basura y escombros. Al fondo del terreno se levantaba un ruinoso edificio de apartamentos, como si se hubieran olvidado de demolerlo. Había visto a niños de color trepando entre los escombros, buscando trozos y piezas de juguetes viejos o botellas para jugar. Sabía que mi madre nunca me dejaría ir con ellos.

En nuestra acera había algunas tiendas abiertas: una con peines e incienso en el escaparate, y una ferretería.

Incluso usando el *spray*, resultó imposible exterminar a las cucarachas. Pulverizamos todas las grietas y rincones con el producto, pusimos bolas de naftalina en todas nuestras ropas y en un círculo alrededor del colchón. Sin embargo, las cabecitas marrones con antenas temblorosas asomaban por cualquier resquicio. En cuanto salíamos de una zona o nos quedábamos quietas un rato, aparecían. Éramos la única fuente de alimento en todo el edificio.

Resultaba imposible acostumbrarse. Ya había visto esos bichos en mi país, claro, pero no en mi piso. Allí vivíamos en una casa sencilla pero bonita. Como mucha gente en Hong Kong en aquel entonces, no podíamos permitirnos lujos como un frigorífico, pero mi madre guardaba las sobras de comida en una caja de metal que dejaba bajo la mesa, y cocinaba siempre con carne fresca y verduras que acababa de comprar en el mercado. Echaba de menos nuestro pequeño salón, siempre limpio, con su sillón rojo y el piano con el que mi madre daba clases particulares a los niños después de la escuela. Era un regalo de mi padre, de cuando se casaron. Tuvimos que venderlo para venir aquí.

Me acostumbré a hacerlo todo con mucho ruido, dando grandes pisotones con la esperanza de mantener apartadas a las cucarachas. Mi madre siempre acudía al rescate, agarrando un trozo de papel de cocina para matar a las que se me acercaban. Yo gritaba cada vez que miraba mi jersey y veía uno de esos enormes bichos trepando por mi pecho. No quiero ni pensar en lo que sucedería mientras dormíamos.

Entonces aparecieron las ratas. La primera noche que pasamos en aquella casa sentí algo correteando sobre mí mientras dormía, así que cogí la costumbre de dormir enterrada bajo las sábanas. Los roedores no me daban tanto miedo como las cucarachas, porque los ratones por lo menos tienen la sangre caliente y comprendía que eran pequeños seres vivos. Pero mi madre les tenía pánico. En Hong Kong siempre se negó a tener

un gato porque temía que apareciera un día por casa con sus presas. No le importaba que los felinos redujeran el número de roedores vivos, nunca dejó que entrara uno en nuestro hogar. Después de aquella noche, le dije a mi madre que prefería dormir en el lado del colchón más alejado de la pared porque de vez en cuando necesitaba salir a hacer pis. En realidad, quería evitar que ella tuviera que dormir en el lado que quedaba más cerca de los ratones. Estos eran los pequeños detalles que nos podíamos conceder la una a la otra. Era lo único que teníamos para ofrecernos.

Pusimos varias trampas para ratones y no tardaron en caer unos cuantos. Mi madre se quedó paralizada al descubrir los cadáveres lacios de los roedores, y deseé con todas mis fuerzas que mi padre estuviera vivo para no tener que encargarme yo de aquello: era consciente de que me tocaba a mí sacar los ratones muertos y volver a colocar la trampa, pero no soportaba tocar la carne hinchada de esos bichos. Mi madre no me regañó cuando usé un par de palillos de comer para coger las trampas, un acto que tenía que reconocer que era extremadamente antihigiénico. Tiré las trampas, los ratones y los palillos a la basura y, después de aquello, no volvimos a poner más trampas. Así éramos mi madre y yo: dos sensibles budistas en un piso infernal.

Pusimos el *Tóng Sing*, el almanaque chino, en la cabecera del colchón. Este libro está lleno de *phu*, palabras con poderes escritas por antiguos maestros que son capaces de atrapar a un demonio de hueso blanco bajo una montaña o repeler a los espíritus de los zorros salvajes. En Brooklyn, confiábamos en que mantendrían alejados a los ladrones. Me costaba dormir en aquel piso, y me despertaba constantemente el ruido que hacían los coches al pasar sobre los baches de la calle. Mi madre me susurraba: «No pasa nada», y luego me pellizcaba las orejas para devolver mi alma dormida a mi cuerpo y me frotaba la frente tres veces con su mano izquierda para protegerme de los malos espíritus.

Llego un momento en el que por fin mis manos ya no salían cubiertas de polvo al tocar las paredes. Cuando supimos que el piso estaba lo más limpio que podíamos conseguir,

montamos cinco altares en la cocina: al dios de la tierra, a los ancestros, a los cielos, al dios de la cocina y a KuanYin, la diosa de la misericordia que vela por todos nosotros. Encendimos incienso e hicimos ofrendas de té y licor de arroz ante los altares. Rezamos al dios local que habitaba la tierra del edificio para que nos permitiera vivir allí en paz, a los ancestros y a los cielos para que ahuyentaran los problemas y a la gente mala, al dios de la cocina para que evitara que nos muriéramos de hambre, y a Kuan Yin para que se cumplieran los deseos de nuestros corazones.

Al día siguiente, yo empezaría a ir a la escuela y mi madre, a su trabajo en la fábrica. Por la tarde, mi madre se sentó conmigo en el colchón y me dijo:

—Ah-Kim, he estado pensando en algo desde que visité la fábrica, y me he dado cuenta de que no tengo otra opción.

—¿Qué es?

—Cuando termines la escuela, quiero que vengas a buscarme al trabajo. No me gusta que te quedes sola en este piso esperándome todas las tardes. Además, me preocupa no ser capaz de terminar los acabados yo sola. La última mujer que ocupó mi puesto tenía dos hijos que iban a trabajar con ella. Te voy a pedir que vengas a la fábrica después de la escuela y me ayudes.

—De acuerdo, Ma. Ya sabes que yo siempre te he ayudado.

Tomé su mano y sonreí. En Hong Kong, siempre secaba yo los platos y doblaba la ropa.

Para mi sorpresa, el rostro de mi madre se puso colorado, como si estuviera a punto de llorar.

—Claro que lo sé, pero esto es distinto... He estado en la fábrica y...

Me cogió entre sus brazos y me apretó tan fuerte que solté un gemido. Cuando me apartó, ya había recuperado la compostura y dijo con calma, muy bajito, como si hablara para ella:

—El camino que podíamos seguir en Hong Kong no tenía salida. El único futuro que vi para nosotras, para ti, estaba aquí, donde podrás ser lo que tú quieras. Aunque esto no es como nos imaginábamos en casa, todo va a salir bien.

—El cachorrito y su mamá.

Sonrió y empezó a arroparme con la manta de algodón que habíamos traído de Hong Kong. Luego, echó nuestras chaquetas y su jersey sobre la manta para que me dieran calor.

—Ma, ¿nos tenemos que quedar en este piso?

—Mañana hablaré de eso con la tía Paula.

Mi madre se levantó y acercó su violín al colchón. Se puso de pie en medio de la oscura sala, con las paredes agrietadas a su espalda. Se llevó el instrumento a la barbilla y empezó a tocar una nana china.

Suspiré. Tenía la sensación de que hacía mucho tiempo que no escuchaba a mi madre tocar, aunque solo llevábamos una semana y media en América. En Hong Kong solía oírla cuando daba sus clases de música en la escuela, o las lecciones privadas de violín y de piano en casa, pero siempre estaba demasiado cansada por las noches cuando me iba a dormir. Ahora ahora mi madre estaba allí, y su música era solo para mí.